

Prot. N° 01253/94

1 de noviembre de 1994

MENSAJE DE NAVIDAD

*El pueblo, que andaba en tinieblas,
vio una luz grande*

De la liturgia eucarística de la noche de Navidad



Carísimos hermanos y hermanas:

Próximos ya al Nacimiento del Señor, fiesta tan arraigada en la tradición cristiana y franciscana, quiero compartir con vosotros algunas de mis reflexiones, y el contenido de mi oración por la orden durante este tiempo de adviento y de Navidad.

El profeta Isaías está presente en nuestro viaje desde el adviento hasta el pesebre de Belén. Es el profeta por excelencia en Israel, porque conoce a su pueblo, porque conoce su obstinación: *Porque bien sé que eres duro, y tu cerviz es una barra de hierro* (Is. 1, 48). El le revela su pecado: *Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento. Toda la cabeza está enferma, el corazón, todo malo* (Is. 1, 3-5). Isaías se percata del sufrimiento de su pueblo. La primera lectura de la liturgia eucarística está dirigida al pueblo de Zabulón y Neftalí, es decir, a los hebreos cuyo territorio había sido agregado al imperio asirio 30 años atrás, en una operación similar a la de Kuwait. Han sido separados del resto de Israel, no forman parte de la nación, han quedado fuera de la Alianza, de la promesa, sin identidad propia y sin esperanza.

A este pueblo de Israel en su obstinación, en su pecado y en su desesperación, Isaías profetiza: *El pueblo, que andaba en tinieblas, vio una luz grande* (Is. 9, 1). A los habitantes de Zabulón y Neftalí no promete el profeta una liberación como la de la "tempestad en el desierto" que restaura sus fronteras políticas. Por el contrario, la libertad será fruto del sufrimiento. El profeta presenta una realidad nueva y fascinante: *En lo profundo de tus tinieblas, encontrarás y descubrirás la luz.*

En aquellos días apareció un decreto del emperador Augusto...

Lucas manifiesta la misma sensibilidad de Isaías, los mismos sentimientos, al constatar la desesperación y frustración de su pueblo. El poder romano apretaba cada vez más. La "Pax Romana" era el símbolo de un poder que acaparaba todo. Esto fue causa de sufrimiento, de largos desplazamientos para muchos, incluidos María y José. Era todo lo imaginable, menos paz. Es en este encuadre de la proclamación de un edicto imperial, manifestación del poder opresor de Roma, donde Lucas sitúa el anuncio de un acontecimiento en el que el poder, representado por la Pax Romana, no

tenía parte alguna: la Virgen ha concebido y dará a luz un niño. Los pastores, los humildes, los insignificantes, aquéllos de los que no se preocupa el poder romano, son precisamente los que reciben al anuncio de Paz. Ninguno de los que se acercan a Belén escapa al control romano..., pero todos se sienten visiblemente transformados en lo más profundo de su ser. Es ahora cuando la verdad descende del cielo: *En lo profundo de tus tinieblas, encontrarás y descubrirás la luz.*

Esta intuición es la que llevó a Francisco a Greccio. Francisco ha querido tomar parte en el acontecimiento de Belén. No se contentaba con ser un mero espectador. Tenía ansias de **hacer la experiencia de Belén**, ver, escuchar, sentir, tocar, gustar...

Así ve Celano a Francisco en Greccio:

"... y pronunciando Belén, como oveja que bala, su boca se llena de voz más aún, de tierna afección. Cuando le llamaba Niño de Belén o Jesús, se pasaba la lengua por los labios como si gustara y saboreara en su paladar la dulzura de estas palabras"(1 Cel 86).

Celano ve en esto la realización de la promesa de Isaías: *"La noche resplandece como el día"* (1 Cel 85).

"Se multiplicaban allí los dones del Omnipotente un varón virtuoso tiene una admirable visión. Había un niño que, exánime, estaba recostado en el pesebre; se acerca el santo de Dios y lo despierta como de un sopor de sueño" (1 Cel 8).

Y concluye Celano: *"Todos volvieron a casa llenos de alegría"*.

En lo profundo de tus tinieblas, encontrarás y descubrirás la luz. El apóstol S. Pablo nos invita a la conversión personal: *"La gracia de Dios se ha manifestado, trayendo la salvación a todos los hombres"*. Es la gracia que iluminará tus tinieblas y te dará el poder de *"rechazar el pecado y los deseos mundanos"* (Tt 2, 11-12).

No tenéis que temer (Lc 2, 10), es el mensaje del ángel que sale al paso cuando nuestras relaciones fraternas dejan que desear, cuando sentimos amargura, susceptibilidad, injusticia, incompreensión etc. ¡*La gracia de Dios se ha manifestado!*, trayendo la reconciliación y el perdón. *Reconozcamos esta luz.*

Cuando el envejecimiento de nuestras circunscripciones y la aparente inhabilidad de nuestro mensaje evangélico no hace mella en nuestro mundo secularizado, no perdamos la esperanza: escuchemos atentamente el anuncio de la buena nueva: *"Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un salvador: el Mesías, el Señor"* (Lc 2, 11). Comencemos -con fe y esperanza, con fuerza y entusiasmo- a descubrir, una vez más, la luz del Señor en el corazón del secularismo que nos oprime. *Reconozcamos esta luz; aceptémosla con alegría.*

Hermanos y hermanas, en el silencio de nuestra oración y meditación y en nuestros diálogos fraternos durante todo este tiempo de Navidad, vivamos nuevamente en nuestro interior y en nuestras fraternidades la experiencia luminosa de Greccio. *Descubramos la luz, vivamos en la esperanza.*

"Hoy os ha nacido un salvador: el Mesías, el Señor".

Fraternalmente



fr. John Corriveau
Fr. John Corriveau, Min. gen., Ofmcap
y Definitorio general